

Índice

La llamada de la dehesa	11	
¿Te gustan los animales?	18	
Tenemos visita	23	
¿Es eso Bluetooth?	27	
Un pollo que habla	32	
Puede que ponga huevos	37	
El traslado del loro	41	
Clases de piano para gatas	47	
Una aventura nocturna	52	

“La tortuga ha resucitado” 55



Una grulla herida 58

La carpeta compartida 64



A la mañana siguiente 69

Llama el maestro 75



Abel y el credo 78

Unas llaves enormes 82



La canción del pirata 93

Visita al veterinario 96



Silencio de loro 101

Un puñado de tuercas 105



De momento, sin bici 110

Es sábado y eso es muy bueno 116



Ni rapeando 120

Una tormenta 124



Olvídate del lagarto 126

¿Por qué tanto silencio? 131



¿Está Martín? 135

La fiesta 139



El señor Crisóstomo 147

Toca dar la cara	151	
Muchas gracias	158	
Agradecimientos	165	
Marina Rodríguez Arias	167	
Imágenes para colorear	168	
Ignacio del Dedo	177	

1



La llamada de la dehesa

—Perdón, maestro, siento llegar tarde —dijo Martín.

—Buenos días —le saludó Pascual, el maestro.

—Yo quería venir en la bici —dijo el muchacho—, pero mi madre me ha obligado a venir andando.

—Pero tu madre sabe que puedes venir a la escuela en bicicleta, ¿o no se lo has dicho?

—Lo sabe, pero ella piensa que si vengo en bici es para escaparme de la escuela más de prisa.

—Y eso, ¿es verdad?

— Pues... sí —reconoció Martín.

El maestro puso las manos sobre los hombros del muchacho. Sus miradas se encontraron: la del maestro era una mirada amable, que salía a través de unas gafas de montura negra, y observaba desde su edad de cincuenta años y su estatura de un metro y noventa y cinco centímetros. Martín no disimulaba la picardía en sus ojos marrones y miraba al maestro desde su altura de nueve años.

—Me gusta tu sinceridad —dijo el maestro—, pero vamos a ver, ¿adónde te quieres escapar, criatura?

—A la dehesa —respondió Martín sonriendo, y empezó a explicar—: porque ya han venido las avefrías, pronto llegarán los pastores, los cochinos están contentos porque las bellotas se caen de las encinas y, lo mejor de todo —puso voz de misterio—: las grullas están a punto de llegar.

—Es la llamada de la dehesa —aclaró el maestro—. La dehesa llama en octubre a los pastores, a ti, a mí y a las grullas, sobre todo a las grullas, que vienen desde tan lejos.

Martín afirmaba con movimientos de cabeza. Luego el maestro retiró las manos de los hombros de Martín, le entregó una hoja de papel y le habló en voz baja:

—Anda, por favor, siéntate y... a trabajar.

Cuando Martín ya estaba en su sitio, en el centro del aula, el maestro lo miró extrañado y le habló de nuevo en voz muy baja:

—¿Le pasa algo hoy a tu hermano? Todos los días es el primero en saludarme a la puerta de la escuela y hoy no ha venido todavía.

—Hemos desayunado juntos y luego él se ha venido para acá sin esperarme, como hace siempre —explicó el muchacho.

Entonces levantó la mano Lucía, que se sentaba al lado de la puerta:



—Está esperando a que vuelva doña Perpetua —explicó.

—¿Quién es Perpetua? —se extrañó el maestro.

—Es la tortuga gigante que había en la laguna de la ermita —aclaró Lucía—: Abel dice que no se moverá de allí hasta que aparezca. Y yo le creo; menuda cabeza dura tiene.

Se oyeron risas, pero no fue Pascual quien rio. Él más bien mostró preocupación.

—Haremos una cosa —dijo—, vamos a pensar un deseo: “queremos que vengas”. A ver, Martín, concéntrate. Piensa en tu hermano para que él piense en nosotros... y venga.

Martín se puso las yemas de los dedos en las sienes. Pensó en su hermano con fuerza y deseó que apareciera la tortuga.

Algunos compañeros y compañeras de clase opinaban que Martín era un poco teatrero; aunque había quienes creían que podría comunicarse con su hermano, porque eran mellizos.

—Bueno, mientras llega Abel —dijo el maestro—, vamos a seguir trabajando, que después del recreo tengo una sorpresa que anunciaros.

El maestro fue hacia la puerta y la dejó abierta, le parecía que de esa manera Abel sabría que le esperaban y que, además, le oirían llegar.

Según avanzaba la mañana, a Martín le sonaron en la cabeza las palabras de don Pascual: Ila-ma-da-dela-de-he-sa. Primero le sonaban al oído

como zumban los mosquitos alrededor de una oreja: lla-ma-da-de-la-de-he-sa, y después con el estrépito de las chicharras en agosto: LLA-MADA-DE-LA-DE-HE-SA. Empezó a soñar despierto, de manera que no tardó nada en imaginarse que iba en la bicicleta camino del encinar, llegaba a la encina gorda, que estaba hueca por dentro, y se refugiaba en ella. Desde allí oía el choc-choc de las bellotas que golpeaban contra el suelo al caer del árbol. Y, menuda suerte, hasta empezaba una tormenta y tenía que quedarse dentro de la encina a pasar la noche...

—Bueno, Martín, vamos a ver cómo va la tarea.

—Le sobresaltó la voz del maestro.

Y Martín habló con voz suave y monótona como si estuviera sonámbulo:

—En la rama más gorda está el lagarto...

Pascual le puso la mano en un hombro, miró por encima de sus gafas negras y no le dio tiempo a hablar... Martín se puso de pie y se disculpó:

—Perdón, maestro, es que me llamaba la dehesa.

Se oyeron algunas risas.

En ese momento Lucía vio el reflejo de Abel en la puerta. Se apartó de los ojos y la frete el flequillo teñido de verde y dio el aviso en voz baja:

—Viene Abel.

Se hizo un silencio absoluto.

Cuando Abel apareció en la puerta, preguntó si

podía pasar. El maestro afirmó con la cabeza.

—Pensé que no habría nadie. Hay tanto silencio... hoy —dijo Abel.

Toda la clase aplaudió.

—Vaya, llego tarde y me aplaudís, muchas gracias —dijo el muchacho que seguía parado a la puerta.

—¿Por qué crees que te aplauden? —preguntó el maestro.

Abel apretó los labios y abrió mucho los ojos mostrando extrañeza. El Gonzalo pequeño (Lin) alzó la mano y el maestro le dio la palabra:

—Porque ha venido —dijo y se encogió de hombros.

—Muy bien —aprobo el maestro.

También había levantado la mano Alicia, una muchacha bajita, de pelo muy negro y ojos muy grandes, de quien decían que estaba en el país de las maravillas, porque se llamaba Alicia y porque parecía estar siempre despistada. Se sentaba al final de la clase. Don Pascual la miró, ella se puso de pie y explicó con mucha calma:

—Porque se ha preocupado por la tortuga. —Se oyeron aplausos y ella sonrió.

—Perfecto —aprobo el maestro, y se dirigió a Abel—: ¿Se sabe algo de la tortuga?

—Una señora me ha dicho que la había visto, que iba hacia el Cerro de las Colmenas. Allí estará segura.

—Bien —dijo el maestro—, ahora ve a tu sitio y... a trabajar hasta la hora del recreo. Martín, explícale a tu hermano el problema que hay que resolver... Y no te ‘vayas a la dehesa’ —añadió sonriendo.

A la vuelta del recreo el maestro explicó la sorpresa anunciada:

—Este año, la fiesta de la primavera la dedicaremos a nuestros animales de compañía y a la bicicleta. Y la sorpresa es que tendremos una “demostración cinológica”.

No dio tiempo a que nadie alzase la mano para preguntar qué era una demostración cinológica. Pascual aclaró al momento que se trataba de que unos perros mostraran sus habilidades. Es decir: podían ayudar a una persona invidente o a alguien que estuviera en peligro. Incluso podían encontrar a cualquiera que se hubiera perdido...

La sorpresa no le pareció a Martín tan estupenda: no harían viajes, ni salidas nocturnas, para ver las estrellas, o diurnas, para buscar setas y oír los pájaros o ver los nidos.

“En resumen —pensó Martín—, bastante más aburrido que irse a la dehesa”.



2



¿Te gustan los animales?

Los martes y jueves por la tarde Abel y Martín iban a clase de música. Uno de esos días, Abel fue solo, pues Martín había desaparecido nada más terminar de comer.

De camino a la escuela de música, Abel dudó si pasarse por el Cerro de las Colmenas, por si veía a doña Perpetua, pero pensó que si no iba a la clase, y su hermano tampoco, los profesores llamarían por teléfono a casa y sus padres se llevarían un buen disgusto. Así que se aguantó el deseo de ver a la tortuga y siguió el camino hacia la escuela de música.

Una vez más tendría que dar la cara por su hermano: ¿Qué mentira toca hoy? —se preguntó—: ¿la del dolor de muelas o la del dolor de cabeza?, ¿la del pie torcido o la de la mano rota?, ¿la de la sangre de la nariz o la de que tiene cagalera?

La profesora de piano era una mujer joven de cara morena y sonriente, voz dulce y tranquila, de unos treinta y pocos años, que según Abel sabía animar cuando uno estaba distraído o se equivocaba.

Antes de empezar la clase la profesora preguntó:

—Abel, ¿te gustan los animales?

Abel abrió mucho los ojos y dijo que sí con movimientos de cabeza.

—Bueno —dijo ella—, vamos a trabajar y al final te cuento. Venga, a tocar.

Durante la clase, Abel hizo esfuerzos para no distraerse. Sentía que su cabeza era como un bocadillo de esos que tienen los personajes de los tebeos, y en él aparecían tortugas, peces, ranas, sapos...

La profesora pensó que le había distraído ella al hablarle de animales y le preguntó:

—Abel, ¿te has despistado o es que me lo parece?

Abel dejó de tocar y respondió:

—Es que no puedo dejar de pensar en animales. Parece que tengo en la cabeza todos los bichos de la charca.

—Bueno —dijo ella—, a ver, concéntrate, piensa que estás dando un concierto a todos esos animales. Respira hondo tres veces y empezamos.

¿Ya? Un, dos, tres.

Abel tocó la partitura de cabo a rabo sin interrupciones. Al terminar, la profesora le aplaudió. Se aguantaba la sonrisa sin mover los labios.

—¿Por qué antes me has preguntado si me gustan los animales? —preguntó Abel.

—Porque te voy a regalar un gato —le contestó la profesora.

—Por mí, de acuerdo —explicó Abel—, pero tendré que decírselo a mis padres.

—Tú pregunta lo que quieras, pero te lo voy a dar sí o sí—concluyó tajante la profesora.

Justo en ese momento entró el profesor de trompeta. Un hombre joven, alto, sin rastro de barba, con un flequillo tan largo que casi le tapaba las gafas y una buena nariz. Abel sintió que llegaba el momento de mentir... sin que se notase:

— ¿Le pasa algo a tu hermano?, hoy tampoco ha venido —dijo el profesor de trompeta.

—Me parece que hoy se ha escapado a la dehesa —titubeó Abel al contestar, se tocó la cabeza con ambos índices y respiró aliviado porque no había mentido.

—Es que falta muchas veces —añadió el profesor. Abel se encogió de hombros al tiempo que aparecía una grulla en el bocadillo invisible de su cabeza. “Martín anda a grullas”, se dijo.



De camino a casa, pensó en su hermano y notó el globo sobre su cabeza. Dentro de él, imaginó la encina gorda y a Tremendo, el lagarto, en una de las ramas. “Y sigue allí”, se dijo.

Ya en casa, al poner los libros de música sobre el piano, llamó:

—¡Madre! ¡Madre! ¡Madre!

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Hijo! ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?

—¿Puedo traer un gato a casa?

La madre pensaba: “¡Qué bien, un gato!”, sin embargo, dijo:

—¡Ni se te ocurra!

Después, Abel buscó a su padre. Estaba en el patio de la casa observando si estaban maduros los membrillos. En seguida, hizo la pregunta:

— ¿Puedo tener un gato en casa?

—¿Un gato? ¡Ni se te ocurra!

—¡Pero papá! —intentó influir en la decisión de su padre.

—Los gatos no ponen huevos, ¿no? —miró el hombre al muchacho a los ojos y sonrió

—No, todavía no.

—Pues eso: ni se te ocurra.

Las contestaciones negativas de su madre y de su padre hicieron que Abel se fuera un poco triste a su habitación. No obstante, recordó las palabras de la profesora de piano: “tú pregunta lo que quieras, pero te lo vas a quedar sí o sí”. Eso le animó.

3



Tenemos visita

Abel seguía en la habitación, en el primer piso de la casa. Pensaba en la tortuga: recordaba que muchas mañanas, de paso hacia la escuela, le llevaba unas hojas de balsamina, una planta que es un manjar para las tortugas. También se acordó del día en que le pusieron nombre. Fue una tarde que le preguntó a un hombre muy viejo, que tomaba el sol junto a la fuente de la ermita, si él se acordaba desde cuándo estaba la tortuga en la charca. El hombre había respondido que estaba allí de perpetuo. Así que empezó a llamarla Perpetua, doña Perpetua.

Además de pensar en la tortuga, Abel comenzaba a preocuparse por su hermano. Se hacía de noche y no volvía. En ese momento oyó que sonaba la cancela que daba a la calle y respiró tranquilo. Se asomó por la ventana de su habitación. No era Martín, era su padre que había abierto la cancela.

El hombre miró hacia arriba y le dijo:

— ¡Tenemos visita!, viene a vernos una tortuga.

Abel bajó corriendo las escaleras hacia el piso de abajo y salió donde estaba su padre con la tortuga.

—Estaba intentando entrar, pero es tan grande que no cabe entre los barrotes —explicó el padre.

—Es doña Perpetua —contó Abel—: había desaparecido cuando empezaron a secar la charca de la ermita.

—Ya que ha venido a vernos, invítala a que pase. Prueba a ver si le gusta nuestro jardín.

Pues, bueno, pensó Abel, cuando me presente en casa con el gato, también diré que tenemos visita o que le he invitado a ver si le gusta nuestra casa, y se echó a reír. Intentaba guiar a doña Perpetua hacia el jardín, en la parte trasera de la casa, como le había dicho su padre, cuando apareció su hermano.

—Hola, *brother* —saludó Martín.

—Hola, hermano —le respondió Abel—. Habla con mamá.

—¿No le habrás ‘chivao’ que he faltado a la trompeta? —se alborotaba Martín.

—¡Serás perro! ¡Me paso la vida diciendo que te duele la cabeza y tú me sales con eso!

Martín le habló rápido con voz de misterio:

—Han venido, *brother*. Ya están aquí las grullas.

—Lo sé.



—¿Cómo que lo sabes?

—¿Cómo que cómo? —Se dibujó sobre la cabeza un bocadillo como de personaje de cómic mientras hablaba—. Lo tenías todo en la carpeta compartida: la encina Catedral, las grullas, la torreta inútil de la luz y hasta el hombre ‘rellenito’ que se quiere merendar al lagarto.

—Claro, el bocata compartido. —Y también él se dibujó el globo imaginario sobre la cabeza—, ¿entonces tenemos *Bluetooth*? —preguntó intrigado.

—No estoy seguro —contestó Abel—, tendríamos que hacer una prueba.

—Y mamá, ¿qué me quiere?

—Que hables con ella —dijo al tiempo que le daba empujones para que fuera a ver a la madre.

